



Señores Arcadia:

El artículo “Artes marciales y melancolía” de Andrés Felipe Solano se me antoja un metatexto muy bien equilibrado. Guarda las dimensiones de luz y sombra, dinamismo y quietud que son propias de los dos ejes centrales de su artículo: las artes marciales y el cine. No exagero cuando afirmo que la emoción que me causó fue grande al describir la dinámica que hay entre el amor y la relación que surge entre dos combatientes, o cuando cita a Wong Kar-wai quien manifiesta la pulsión letal en la elegancia del Kung Fu. Eso y las reducidas pero afortunadas referencias históricas hacen del texto un todo sutilmente equilibrado. Ahora bien, sé que la mayor parte del artículo es sobre la película, las opiniones del director y de su quehacer; no obstante, como metatexto es un andamiaje feliz que se equipara a las atmósferas de las películas de Wong donde el humo y el espacio imprimen la vida misma.

Félix Ceballos

La columna de Nicolás Morales “Colombia, un país que sí lee (basura)”, pone el dedo en la llaga al examinar el resultado del estudio TCI donde aparece el preocupante *ranking* de las revistas del país y en el que la revista (si es que se le puede llamar así) *TV y Novelas* aparece en el primer lugar, acompañada de otros bodrios de farándula como *15 minutos*, *Vea*, *Caras*, *Jet Set* y *Gente y actualidad* y donde otras revistas dedicadas a la política (con excepción de *Semana* que ocupa el segundo lugar), a la economía y a la cultura como *Dinero*, *Diners*, *Credencial* y *La Nota Económica* se encuentran replegadas en modestos y deshonorosos lugares. Sin conocerse muy bien cuál fue la metodología empleada para la recolección de la información (que si es como la del Dane sería de poco confiar), lo que preocupa es que los colombianos dediquen su tiempo y su dinero a consumir este tipo basura y que los medios, pensando solo en el beneficio económico, se presten a mantener este estado de mediocridad en el que viven la mayoría de los colombianos. Un verdadero mundo al revés en el que ni el Estado ni los grandes propietarios de medios tienen el menor interés por elevar el nivel cultural de la población colombiana y por la lectura de revistas que despierten el nivel crítico y estimulen la imaginación para enfrentar los grandes problemas que nos agobian. Son los mercaderes de este tipo de bodrios los que, a costa de la ignorancia de muchos lectores, se llenan sus bolsillos en un país que, como dice Nicolás Morales, sí lee, pero basura.

Juan Manuel Jaramillo

Quedo bastante desilusionada luego de leer el artículo “La lectora” sobre la biblioteca de la cárcel El Buen Pastor. De hecho, por el título, esperaba que el reportaje se nutriera de un perfil más íntimo y no solo de una lista con libros y fechas de reclusiones. Es que de verdad un tema como este, bajo una primera consigna clara y muy bien planteada sobre los promedios de lectura en el país, exigía no solo más detalles sino mejores discusiones—o por lo menos discusiones—. Apenas al final se ve una referencia tímida sobre la lectura como elemento resocializador. Todo aquello sin contar los fragmentos que sí concentraron mi atención como el empezar con una excusa premonitrice: “Una hora no es nada, así que más me valía apresurarme”; luego la comparación de Holanda con el Distrito Federal de Brasil, donde mi sorpresa no fue el leer que en Brasilia había solo diez cárceles con bibliotecas sino ¿diez cárceles?! (con menos de dos millones y medio de habitantes, o la gente allá debe ser muy mala o la Policía muy buena). Y por supuesto, el párrafo final y en especial la última frase ligera que, guardando consecuencia con el inicio, me hicieron recordar las palabras de mi padre repitiendo lo que presuntamente había dicho Napoleón: “Vísteme despacio que tengo prisa”. Espero que la revista se reivindique y proponga nuevo contenido relacionado a este artículo. Como introducción habría podido funcionar, pero tal vez con otra hora de entrevistas se podrán apreciar nuevas profundidades.

Mayeli Espinosa Ríos

Pasar fijándose

Por Carolina Sanín



LA ÉPICA MATERNAL DE CUARÓN

La primera imagen que asociamos con una cuenta regresiva —es decir, con un conteo inverso del tiempo con el fin de establecer un instante en el que el tiempo recomience— es la del lanzamiento de un vehículo al espacio. El instante cero se materializa en una imagen eminentemente masculina: la del cohete que desafía la gravedad y emprende con un impulso vertical el viaje hacia el cielo, la exploración del universo. En su película *Gravedad*, Alfonso Cuarón ofrece una imagen alternativa para el descubrimiento del más allá. En lugar de la línea vertical propone una parábola y en lugar de la obvia imagen fálica del cohete propone la de una madre. Entretanto, sondea el sentido de la cuenta regresiva al presentar el final del viaje como equivalente al nacimiento, y la exploración del más allá como la exploración de la interioridad.

Al igual que las grandes épicas de nuestra cultura, *Gravedad* cuenta la historia de un viaje de regreso a casa. La protagonista enfrenta el mismo peligro que Odiseo, Eneas y Dante: el de perderse para siempre. Su meta, como la de ellos, es encontrarse consigo misma redescubriendo o refundando su lugar propio. La narración de *Gravedad* es simple: el viaje transcurre de estación en estación y de puerta en puerta. A la vez que se ciñe a las convenciones de la tradición épica —con todo y un guía muerto, cual Tiresias o Virgilio—, rinde homenaje a las convenciones del cine clásico. George Clooney, una vez más en el papel de Cary Grant, guía galantemente a la heroína a la manera del Hollywood de los años 40 y 50, y la imagen más climática de la película, la de la lágrima que flota en el espacio reflejando el rostro de la mujer que llora su muerte inminente, podría ser el emblema de los melodramas de la Época de Oro del cine mexicano.

Cuarón ha hecho una película que sigue la tradición literaria y cinematográfica al tiempo que la ironiza. Ha filmado nuestras convenciones más resistentes, pero las ha filmado sin gravedad. Al proponer la posibilidad de que la imagen y su transmisión prevalezcan sobre la máxima ley, ha hecho una revolución artística —una revolución pequeña como las que describe la protagonista al girar desasida alrededor de la Tierra, y una gran revolución, como la que precisamente convierte a la protagonista en un cuerpo celeste—.

Gravedad es una meditación acerca de la coincidencia de nuestra pertenencia al suelo con nuestra proyección hacia el infinito, como lo era *Y tu mamá también*, en la que otra heroína enfrentada a la muerte señalaba la infinitud de la vida a través de su amor por la tierra y de la enunciación de innumerables historias ajenas

dentro de su viaje. Pero además de ser una meditación, *Gravedad* es una película sobre la meditación. Sus sugerencias místicas son claras, y no solo por las últimas palabras que dice en vida Kowalski (Clooney) al comentar la maravilla del sol sobre el Ganges. Una y otra vez, se nos habla acerca de la trascendencia y el renacimiento. La doctora Ryan Stone encuentra su camino de regreso cuando comprende, guiada por un muerto, que despegar es lo mismo que aterrizar. Al superponer el vuelo de unos objetos siderales y el de unas moscas, se ilustra la teoría del microcosmos. Al comparar la levedad del cuerpo en el espacio exterior con la levedad del cuerpo en el agua se alude al axioma hermético “Como es arriba es abajo”.



El viaje trascendental se inscribe en una parábola sobre la femineidad y la maternidad. La protagonista, una mujer que tiene nombre de hombre pues su padre esperaba el nacimiento de un hijo, sufre un drama doble: el de no haber hecho el duelo por la muerte de su hija y el de enfrentarse a una muerte lejana. Para recuperar el deseo de volver a casa, se despide finalmente de su hija enterrándola en el espacio. La salvación de la madre heroína depende del reconocimiento de su vínculo amoroso, de filiación, con la Tierra. Su regreso significa que también la Tierra podrá enterrar a su hija, la viajera. El segundo nacimiento de la doctora Stone (piedra) es el instante del reconocimiento de la maternidad y su identificación con su origen.

Para mí, el mayor valor de las espectaculares escenas ingravidas en el espacio y las inimaginables tomas de la Tierra vista desde lejos es que hacen posible el último minuto la película, que nos revela lo que nos es más próximo y conocido: la gravedad. La protagonista renacida acaricia la tierra y se aferra a ella, y luego, con gran dificultad, vence su propio peso, como todos hacemos cada día. Se incorpora y da un primer paso, separándose nuevamente del suelo al que sabe que inevitablemente regresará. Me pareció entender que, después de todas sus hazañas inverosímiles, es en ese caminar sobre la superficie —en ese acatamiento que es a la vez nuevo desafío— donde reside su heroísmo.